

VIII

LOS HIJOS

Vivía el matrimonio López-Martínez de Carvajal consagrado por completo al trabajo profesional que cada día era mayor. En cuanto a sus pequeños hijos, el Dr. López decidió enviarlos a los Estados Unidos a educarse. Tal vez quiso alejarlos del posible contagio de su enfermedad; o quizás quiso emular a su padre que lo había enviado a él a estudiar al extranjero siendo niño; sea lo que fuere, lo cierto es que los mandaba allí a un colegio según llegaban a la edad de 7 u 8 años. Y aprovechando la oportunidad de que otras familias adoptaban el mismo sistema las muchachas se reunían en grupo para ir todas al mismo colegio en el exterior. En el viaje iban a cargo del capitán y de la camarera. El capitán como una distinción especial sentaba en su mesa a toda la grey infantil que iba a su cuidado, la que entre risas y alborozo hacían las delicias de aquel hombre curtido por el mar.

Fueron siete hijos: María, Laura, Enrique, Elisa, Henry George, Eduardo y Flavia. De los tres varones murieron pequeños, el mayor y el menor. El segundo nació en los Estados Unidos en 1897 cuando residía allí la familia. Estudió medicina y siguió con éxito la especialidad de oftalmología. El Dr. López nombró a este hijo Henry George, —aunque conocido por Enrique— debido a la gran admiración que sentía por el gran economista norteamericano, Henry George, cuya obra «Progress and Poverty», publicada en 1879 obtuvo gran resonancia en Inglaterra y los Estados Unidos debido a sus ideas progresistas sobre los problemas sociales, donde atacaba los latifundios y el sistema monopolista que estaba en sus comienzos y fue considerado en aquel momento el apóstol de una nueva doctrina social.

Enrique López se preocupó mucho por la educación de sus hijos y sin imponerles nada específicamente, les inculcaba el cultivar la inteligencia. El amor a la lectura se fomentaba como estudio y como placer.

Siempre estaba dispuesto a proporcionarles el aprendizaje de los estudios que ellos quisieran, que fueran para aumentar su cultura. También hacía que se aficionaran a algún deporte o actividad al aire libre y les inculcaba el espíritu del ahorro. El amor al trabajo y al orden era fomentado en todo sentido, pues el Dr. López tampoco le gustaba ver a sus hijos inactivos.

A pesar de su rectitud para con sus hijos, en los momentos de descanso o cuando alguna crisis de su enfermedad lo obligaba a hacer reposo gozaba con la compañía de ellos. Los embullaba a participar en la búsqueda de ciudades, ríos, montañas, etc., o hacer viajes imaginarios en los atlas que poseía y de los que era tan aficionado. Algunas veces a la caída de la tarde, después de la fatigosa tarea del día, cuando descansaba en el portal de su casa en Paseo No. 1, recreándose con la bella vista marina y la puesta del sol, rodeábanle sus hijos. Entonces les inducía a contemplar las siempre cambiantes nubes para encontrar en ellas alguna figura (persona, animal o cosa) que lentamente se iba tornando en otras figuras y luego en otras más. Despertando así en ellos, tanto el espíritu de observación como la imaginación. Los momentos de distracción eran a la vez instructivos, como por ejemplo, cuando había algún ciclón se dedicaba a hacer un estudio práctico de la trayectoria del mismo (la casa por lo aislada, era como un observatorio) y hacía sus hijos participar en estos conocimientos. En resumen, la vida aún para los niños debía ser de provecho. En cambio, toda actividad de tipo social era descartada.

